

Sísifo en el Atanasio Girardot

Mito y aguante
en la literatura sobre
el Deportivo Independiente
Medellín

Sisyphus in the Atanasio Girardot
Myth and *aguante* in the literature
on Deportivo Independiente Medellín

Resumen

El Deportivo Independiente Medellín, DIM, ha despertado una irresistible fascinación sobre algunos de los escritores más destacados de Colombia en la actualidad. Autores como Héctor Abad Faciolince, Juan Manuel Roca o Darío Jaramillo Agudelo han producido textos sobre el DIM que se vienen a sumar a la obra de periodistas como Reinaldo Spitaletta, Guillermo Zuluaga o Gonzalo Medina. En todos ellos encontramos una serie de motivos comunes que inciden en el carácter sufridor y reincidente de los hinchas de este equipo. A partir del acercamiento al concepto de *aguante* trabajado por el sociólogo argentino Pablo Alabarces y de algunos elementos míticos presentes en la narrativa del fútbol, este trabajo se propone demostrar cómo la literatura ayuda a consolidar un discurso autónomo en torno al Poderoso, reivindicando ideas como la seducción del fracaso o la complacencia en la derrota.

Abstract

Deportivo Independiente Medellín, DIM, has exerted an irresistible fascination for some of the foremost writers of Colombia today. Authors such as Héctor Abad Faciolince, Juan Manuel Roca and Darío Jaramillo Agudelo have produced texts on DIM in addition to those written by journalists as Reinaldo Spitaletta, Guillermo Zuluaga or Gonzalo Medina. In all of them we find some common motifs on the suffering and relapsing character of this

David García Cames

Periodista y estudiante de Doctorado en Lengua y Literatura en la Universidad de Salamanca, España. Su línea de investigación se centra en las relaciones entre fútbol y literatura de ficción en Hispanoamérica. Este artículo es fruto de una pasantía en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, Colombia.

Orcid: 0000-0003-4385-2900

Correo electrónico:

garciacames@gmail.com

Palabras clave

DIM, fútbol y literatura, aguante, mito, derrota.

Keywords

DIM, football and literature, *aguante*, myth, defeat.

team's fans. From the approach to the concept of *aguante*, studied by the Argentine sociologist Pablo Alabarces, and the analysis of some mythical elements in the narrative of football, this article aims to demonstrate how literature helps to consolidate an autonomous discourse on the *Poderoso* claiming ideas like the seduction of failure or complacency in defeat.

La Malasqueña

Pero a Peralta no le dio váguido, sino que siguió serenito, serenito, y muy resuelto, hasta que se topó en las puertas del Cielo.

Tomás Carrasquilla, *En la diestra de Dios Padre*

Todo puede resumirse en un gol, quizá el gol más célebre en la historia del Deportivo Independiente Medellín. Lo anotó el peruano Eduardo Hugo Malásquez en un partido contra el Unión Magdalena el miércoles 14 de noviembre de 1984. Corría el minuto 44 cuando el estadio Atanasio Girardot asistió con el alma en vilo a la jugada de un mediocampista que se regodeaba en su gambeta sin decidirse a marcar a puerta vacía. Tras dejar en tierra al portero, lejos de rendirse a la simple tarea de arrojar el balón a las redes, Malásquez espera a un defensa que, en su ímpetu, termina por chocar contra el poste. El peruano parece alejarse de la portería, se diría que huye de ella, que en el fondo no hace otra cosa que bailar con ella y los centrales; esconde el balón, lo aguanta, lo mima hasta que el portero vuelve a plantarse delante de él, lo dribla de nuevo. El fin de la jugada, ahora sí, se antoja cercano. El gol quedó unido para siempre a la narración del periodista Jorge Eliécer Campuzano. “¡Métalo, Malásquez!”, gritaba desgañitado el locutor mientras el peruano gambeteaba a un último zaguero antes de introducir el balón en la portería con un toque sutil, casi sin querer. La jugada de Malásquez remite a lo más íntimo de la identidad del DIM; en ella conviven el juego al límite con el fracaso, la posibilidad de un error imperdonable con la voluntad estética de fijar ese gol, tan barroco como insolente, en la memoria del aficionado. La Malasqueña¹ se puede tornar entonces un símbolo posible de la agonía embriagadora, de la seducción siempre presente por la derrota, que se esconde en el tuétano del carácter de sus hinchas.

1 El nombre de *La Malasqueña* se lo debemos al comentarista deportivo Javier Hernández Bonnet. En el siguiente enlace podemos ver el gol de Malásquez con la narración de Jorge Eliécer Campuzano: <https://www.youtube.com/watch?v=kWGvb8fFPC4>

Roja y poderosa palabra

La literatura, como no podía ser menos, se ha dejado cautivar por este discurso en el que asoman rasgos de un cierto romanticismo trágico y hasta de una poética ensoñación de la utopía. El Deportivo Independiente

Medellín, no en vano, se ha considerado tradicionalmente, además del Equipo del Pueblo, el conjunto de los intelectuales del Valle de Aburrá. Rojo en su camiseta y liberal cuando se tercia, el sentimiento de pertenencia de los hinchas del DIM aparece vinculado a un complaciente estoicismo que los impulsa a elaborar una mitología, y hasta se diría que un martirologio, en torno a una historia de ocasionales gestas e improbables victorias. En este sentido, escritores y periodistas participan en la construcción de un relato en el que la pasión por el Medallo se ejerce necesariamente, según afirma Gonzalo Medina, como una “paciente impaciencia frente a la adversidad”. La derrota puede ser dulce y hasta ineludible para quienes en la palabra reivindican su adhesión a un equipo cuyo sentimiento se expresa con la persistencia de los amores contrariados. Como señala Hornby en su clásico *Fiebre en las gradas* (2008), “el estado natural del hincha futbolero es de una amarga desilusión, al margen del resultado del marcador” (p.26). Los hinchas literarios y militantes del Deportivo Independiente Medellín, como vamos a ver, se alimentan en su prosa de esta pasión incondicional y paradójica que se vuelve más fuerte cuanto mayores son las pruebas a las que se enfrenta. La derrota se convierte de este modo en una lenta madrugada de insomnio para el fanático y en un fértil motivo para el poeta.

Dice Juan Manuel Roca (2001) al respecto que el “Medellín es la flor de la utopía. El temple en la derrota. El Medellín goza del profundo optimismo de saber que una cadena de fracasos no borra la pasión” (párr.4). El escritor se demora en el placer que le genera la evocación de la trayectoria dolorosa de su equipo a lo largo de tantos y tantos campeonatos. El triunfo, la victoria proclamada a los cuatro vientos, no deja de percibirse como un acto de vanidad; en cambio, aferrarse a una esperanza casi nunca culminada, como le sucede a los aficionados del DIM, puede acabar adoptando en su imaginación un matiz netamente poético. Es entonces cuando surge la metáfora, cuando el mito puede abrirse paso en las formas primordiales de la pasión futbolística: “No es suya la utopía del mundo feliz. Es la del día a día, renovando los sueños. Nada más parecido que Sísifo y el hincha del Medellín” (Roca, 2001, párr.4). Volver a lamentarse una vez tras otra, quedarse siempre a las puertas de una estrella más en el escudo para iniciar una nueva temporada con la misma y fútil ilusión. Repetir, reincidir sin apenas conciencia del futuro, recrearse en la vigilia; el hincha del Medallo, Sísifo balompédico, sube las gradas del Atanasio Girardot para ocupar su lugar en el estadio en un ejercicio quimérico que fortalece los cimientos de su fe inquebrantable. Reinaldo Spitaletta (2009), uno de los periodistas que más ha intentado descifrar y poner en palabras este sentimiento, también evocaría a Sísifo en un artículo donde recuerda cómo los seguidores del DIM se han sometido durante casi toda su vida a un “flagelo eterno” que cada vez parece alejarlos más “de una posible redención” (párr.2). En ambos casos, el mito nos habla de una pasión absurda que se concibe casi en los

mismos términos en que la planteaba Camus. Podría decirse que no existen razones para amar a ese conjunto que tan pocas satisfacciones concede a sus feligreses; se diría que la afición precisa cada cierto tiempo del triunfo, pero se diría a la vez que la utopía debe permanecer siempre suspendida en el aire, o en lo alto de la montaña, para conservar su vigencia. La pasión de los hinchas del Rey de Corazones se nutre, así en la literatura como en la cancha, precisamente de su absurdo:

Desde el momento en que se le reconoce, el absurdo se convierte en una pasión, en la más desgarradora de todas. Pero toda la cuestión consiste en saber si uno puede vivir con sus pasiones, en saber si se puede aceptar su ley profunda que es la de quemar el corazón que al mismo tiempo exaltan. (Camus, 1953, p.52)

La seducción de la derrota, combinada con un insidioso optimismo de vez en cuando, se fija en el relato que elaboran los escritores sobre el equipo rojiazul. La búsqueda de razones para su pasión se adhiere a un discurso en el que ciertos elementos míticos ayudan a configurar una identidad colectiva. El poeta que evoca a Sísifo parece querer confundirse en este punto con el aficionado capaz de acudir durante cuarenta y cinco años al estadio sin ver salir campeón a su Medallo. Ambos participan de un mismo sentimiento, ambos se anegan de esa pasión absurda tanto más poderosa cuanto más carente de razones: “Porque sé que no hay causas victoriosas me gustan las causas perdidas: éstas exigen un alma entera, indiferente tanto a su derrota como a sus victorias pasajeras” (Camus, 1953, pp.95-96). Es esto lo que, por ejemplo, permite a Héctor Abad Faciolince (2011) hablar de las “delicias de la derrota” en un artículo donde proclama el origen “irracional” de su fe futbolística y reconoce que ser hincha del Medellín “encierra una profunda postura filosófica: estar con el poderoso DIM es estar a favor de la derrota, es ponerse siempre, siempre, del lado de los perdedores” (p.87). Así como Camus, al final de su libro, nos incitaba a ver a Sísifo feliz, Faciolince quiere que lo contemplemos embriagado en su tarea, paladeando y saboreando cada uno de sus fracasos. Al DIM —bastaría con cambiar aquí la roca por un balón de cuero— no resulta fácil imaginarlo como un equipo triunfador. La victoria es una anomalía en la serie de tragedias futbolísticas que puntean su historia; el seguidor que se ha forjado en la derrota precisa de ella como de una amante ingrata a la que siempre está condenado a volver. Cualquier nueva humillación, sea del tipo que sea, no hace sino fortalecer el sentimiento hacia ese club que tanto ha hecho sufrir y que, precisamente por eso, tanto se ama: “Nuestro mayor, nuestro secreto y único triunfo es que nosotros somos los de la silenciosa y estoica dignidad de la derrota” (Abad, 2011, p.89).

El aguante y la espera

Esta idea de un hincha sufridor y resistente se traduce en el concepto de *aguante*, término surgido en el fútbol argentino a comienzos de los años ochenta. El aguante, palabra imprescindible para comprender a los hinchas del DIM y quizá a los de toda Latinoamérica, expresa algunos de los rasgos esenciales de esta pasión absurda y tenaz reflejada por los escritores rendidos a los encantos del Rojo de la Montaña. Pablo Alabarces, José Garriga y María Verónica Moreira (2008), quienes han trabajado este concepto en relación con la violencia en los estadios, sostienen que “el hincha con aguante es el que sigue y apoya al equipo sin importar si éste gana, pierde o empatiza; cuando postergan y abandonan compromisos personales y soportan en la tribuna las inclemencias del clima” (p.117). Este sentido primario del aguante —no entraremos a abordar aquí su vínculo con las barras— se hace patente en los textos que ensalzan la larga travesía del desierto de los seguidores del Medellín. Sostiene por ejemplo Gonzalo Medina que este sentimiento se ve forjado en “la paciencia estilo santo Job frente a pobres resultados, burlas y engaños a cargo de propietarios y directivos” (p.178). Tanto Job como Sísifo encuentran su fortaleza en la resistencia frente al cúmulo de adversidades que les salen al paso; del mismo modo, los seguidores y fanáticos del DIM descubren en el aguante un motivo de orgullo y reconocimiento mutuo, la conciencia de que la identidad de la hinchada pervive más allá de los resultados del conjunto sobre el terreno de juego. El aguante de los hinchas produce así “ganancias simbólicas y pasionales” (Alabarces, 2006, p.5), de las que también termina alimentándose su literatura, tal y como se aprecia en este texto de Spitaletta (2013) escrito con motivo del centenario del equipo:

Ligado más a las tristezas que a las alegrías, el DIM es como una suerte de elogio de la dificultad, nos hace humanos. Nos hace pensar en que el mundo, el nuestro, el de sus aficionados, está hecho para ser conquistado y transformado, lo que nos salva de la bobada que produce el facilismo. (párr.5)

Esta reivindicación del aguante y su condición mítica como generadora de identidad la hallaremos en numerosos ensayos dedicados a esbozar el imaginario —racional en unos casos y puramente sentimental en otros— del aficionado arquetípico del Medallo. Bastaría con repasar algunos de los títulos de los textos publicados en el libro colectivo *Rey de corazones. El Medellín, una pasión crónica* (2004) para dar cuenta de esta idea: “El álbum de los perdedores”, del cronista y novelista Juan José Hoyos; “Profetas de amor y dolor”, del filósofo Jorge Giraldo Ramírez, o “Reflexiones tras un largo ayuno de estrellas”, de Juan Manuel Roca. La derrota se evoca como una condición *sine qua non* para ingresar en la “santa hermandad de los hinchas”, en una expresión que García Márquez acuñó tras declararse en 1950 seguidor del

Junior de Barranquilla. La derrota, lejos de considerarse una vergüenza, una cíclica afrenta para quienes acuden al Atanasio Girardot, se convierte en un motivo de orgullo para sus aficionados, en un símbolo determinante de su temperamento: “Es la identidad del equipo: sufrimiento y esperanza es nuestra patente. Y no nos molesta. Queremos seguir sintiéndonos distintos de los del frente, siempre sobrados. Siempre enrostrando sus atributos” (Zuluaga, 2013, p.19). El sufrimiento y la esperanza aparecen unidos como si de una religión escatológica se tratase. Más allá de los resultados, más allá de los insultos y burlas que llegan del otro lado, el hincha reafirma en el aguante su devoción por la espera. Así lo expresaba el poeta Darío Jaramillo Agudelo (2011): “No me dan ninguna envidia los campeonatos que ganan otros equipos. Estoy seguro de que son errores del destino [...] si acaso prueba para fortalecer el carácter. Esto me da una fuerza especial para esperar sin desesperar” (p.23).

Las alas de Ícaro

¿Qué sucede entonces cuando el triunfo, a pesar de todo, llega finalmente? Las seis estrellas en el escudo del DIM nos hablan de la excepcionalidad de la gloria, de un breve paréntesis en una historia de más de cien años. Freud, en un texto titulado “Los que fracasan cuando triunfan” (1916/1979), examinaba la patología que afecta a quienes “se les cumple un deseo hondamente arraigado y por mucho tiempo perseguido” (p.323). Una especie de frustración parece emponzoñar a algunas personas y personajes, como Lady Macbeth, que alcanzan un logro soñado hasta el delirio. En este mismo sentido, Héctor Abad menciona uno de los lemas más radicales de los hinchas del Poderoso: “Estamos con el Medellín aunque gane”. En esta frase parece esconderse ese recóndito temor al triunfo de quien ha crecido acostumbrado al fracaso, el miedo a esa forma de neurosis descrita por Freud. Sin embargo, frente a esta visión trágica, incluso en los momentos cumbre de su historia, encontramos en la mayoría de textos sobre el DIM una reivindicación de la victoria en tanto recompensa al sacrificio padecido durante los sempiternos años estériles y baldíos. El triunfo puede entonces resultar más pleno, expresión de un deseo largo tiempo entumecido y no producto de una costumbre anodina que pierde su valor por reiterada. Un clásico del periodismo antioqueño como Wbeimar Muñoz Ceballos (2013) afirma que “aprender a sufrir mucho y gozar poco se convierte en solidaridad de los grupos y por eso cuando llega la victoria, total o pasajera, se convierte en descarga eléctrica que purifica la atmósfera” (p.10). Esta descarga quizá nunca se sintió de forma tan intensa como en diciembre de 2002, cuando el Deportivo Independiente Medellín se consagró campeón después de cuarenta y cinco años de sequía. Es en esos momentos tan escasos como perdurables cuando “los penitentes, los despojados de la fortuna, aquellos

que siempre han estado caminando sobre ascuas, vuelven, con trompetas de júbilo, a tener su escalera al cielo” (Spitaletta, 2009, párr.8). Alimentado de la espera, educado en el aguante, la salvación le aguarda al aficionado del DIM como un instante redentor que se alcanza a manifestar de un modo semejante al éxtasis religioso, una epifanía en la que el hincha, vislumbrando la unidad con aquello que ama, logra una perfecta comunión con su equipo que solo acierta a expresar en términos semejantes a los de la mística:

Un cielo instantáneo me explota en el pecho, recojo una bocanada de aire, alcanzo una mezcla de visión beatífica y placer sexual, un éxtasis, un paraíso a mi medida, llego a una plenitud tan incomunicable que no la puedo volver voz o ruido. Un instante después esta exultación se transforma en la serenidad que confiere la certeza de que el mundo sigue el orden debido, que las leyes del destino funcionan con la misma concluyente fluidez que la ley de la gravedad, que Dios es justo. (Jaramillo, 2011, pp.17-18)

En cualquier caso, frente a estos momentos de gloria, algunos todavía muy recientes, el curso de la historia del Medallo está hecho principalmente de lances amargos a los que el discurso mítico ha de volver continuamente como si en ellos se descubriera un ejemplo de perfección ofrecido por los mártires. Desde aquellas primeras goleadas de escándalo recibidas ante equipos como el Sporting F. C. o los Bartolinos de Bogotá (Talero, 2013, p.13), los escritores no pueden por menos que evocar episodios como la Liga perdida en 1993, cuando el equipo fue campeón apenas durante siete minutos, coronándose acto seguido como “rey de burlas” (Spitaletta, 2009, párr.3). Igual que si hubiera sido afectado de un pasajero pecado de orgullo, el DIM se resolvió a dar la vuelta de honor al estadio sin esperar siquiera al pitido final del otro partido decisivo, donde un gol en tiempo de descuento de Oswaldo Mackenzie contra América de Cali le servía en bandeja de plata el título al Junior. El paciente Sísifo, durante siete minutos, se vio convertido en un soberbio Ícaro condenado a caer desde lo más alto. “No necesito que estés arriba para quererte, glorioso DIM”, repiten la canción de Gabriel Romero como un mantra los aficionados en cada nuevo partido, en cada viaje por las carreteras de Colombia acompañando a su equipo. “No necesito que estés arriba para quererte”, entonan con fervor en su ardiente espera. Los hinchas del Medellín no precisan quemar sus alas en el sol para sentir el vértigo de la caída; la suya es una senda oscura que se deleita en la promesa inviable de la luz.

La subida a la montaña

El espíritu del arriero parece habitar en la mentalidad irreductible de los aficionados del Rojo. Abrirse paso entre las montañas, trazar caminos de herradura, divisar al fondo de la cordillera un valle donde asentarse, pensar,

después de todo, que la travesía tiene recompensa, que allí nos aguarda el reposo, un lugar en el mundo. Dice un lema de los antiguos navegantes portugueses retomado por Fernando Pessoa que vivir no es preciso, que solo es preciso navegar. Así los arrieros antioqueños y así los seguidores del Medellín. No importa el número de estrellas, sino el camino recorrido para alcanzarlas; no importan las desgracias, sino la fidelidad debida a un modo de ser. En la naturaleza del DIM, Equipo del Pueblo por antonomasia, parecen condenadas a cohabitar las formas simbólicas del antioqueño y del paisa. Dice al hilo Gonzalo Medina (2007) que si, por un lado, la antioqueñidad es la “expresión del hombre enfrentado, en condiciones desventajosas, ante la naturaleza imponente y avasalladora”, por el otro, la condición del paisa es la de “quien solo piensa en sí y para sí, aquel que no reconoce reglas de juego a la hora de los negocios y los acuerdos” (p.15). Dicho de otro modo, el Medallo puede ser el Equipo del Pueblo porque es capaz de reunir al campesino y al comerciante, al artesano y al sicario, al pícaro y al bohemio. Una suerte de ideología transversal que circula de un lado a otro del Valle genera una comunidad de mínimos donde conviven la cultura del esfuerzo con el derrotismo del excluido, donde el poeta de liberal desencanto comparte un mismo sentimiento con el parcero descamisado de la Rexixtenxia Norte.

Esta identificación del Medellín con su entorno y con sus gentes llevó incluso a Darío Jaramillo a acuñar la hipérbole de que la ciudad se llama así por el equipo y no al contrario. La complacencia del malogrado, la reivindicación del aguante, son discursos que encuentran acomodo en el día a día de los habitantes de una ciudad donde resulta posible seguir el rastro de las huellas de Sísifo en toda parte: “En los barrios populares del Valle de Aburrá la pasión por el DIM se confunde con el pesimismo rotundo [...]. Ganar de vez en cuando es un chispazo que no altera nuestra desdeñosa y lúcida visión del mundo: vivir es ir perdiendo” (Abad, 2011, p.88). Subir a las comunas con una carga de basura que se derrama antes de llegar a lo alto, demorarse en el rebusque, insistir en la pobreza como en un único destino, aprender a ser, en definitiva, uno y lo mismo con la derrota. El Medallo —equipo urbano nacido según reza el mito en barrios obreros, aunque creado por las élites como toda asociación deportiva de principios de siglo— se convierte así en el conjunto “de los descamisados, de los carretilleros, de los sastres y zapateros; pero, a su vez, en una razón social de poetas y escritores” (Spitaletta, 2013, párr.3). El relato de la utopía se funde con el de la desesperanza para dar forma a una pasión futbolística coronada de espinas. La dignidad del vencido aflora tanto en el periodista que va dando forma a su crónica como en el vendedor de mazamorra que después de trabajar desde las cuatro de la mañana se sienta a ver perder a los suyos frente al televisor de la salsamentaría. El estoicismo del filósofo, del novelista que habla con ironía sobre el equipo, no deja de ser otra

cosa que la única forma de vida concedida al más pobre de los hinchas del Poderoso. Como recoge Alberto Salcedo Ramos (2015) en un reportaje dedicado a contar un asesinato desencadenado por un gol involuntario en un partido de microfútbol en la comuna Nororiental, “entre el fútbol y la pérdida humana no hay más que un paso” (p.56).

Este equipo admirado a la par por indigentes y doctores, por artistas y borrachos, tendrá que generar un particular santoral de ídolos en cuya trayectoria pueda encarnarse la reincidente fascinación ejercida por el DIM. Futbolistas dotados de un talento desbordante que, en la mayoría de los casos, no consiguieron vencer ni un solo torneo. Héroe rendidos a su propio mito, culminado tantas y tantas veces en una dolorosa caída de la cual su leyenda habría de surgir más revitalizada. Tras el tiempo de los pioneros amateurs comandados por el Cura Burgos, el fichaje del Charro Moreno en los años cincuenta supondría la llegada a la ciudad de uno de los mejores delanteros de la historia. Pieza clave en la antológica Máquina de River junto a Muñoz, Pedernera, Labruna y Loustau; José Manuel Moreno llegó a Medellín con treinta y siete años para dejar dos campeonatos y una imagen inefable en la memoria de poetas como Juan Manuel Roca y Darío Jaramillo, que habría de evocarlo años después como la “primera persona de la Dimvinidad”. El estilo artístico, aéreo y calidoso de Moreno con el balón en los pies marcaría la tónica de los ídolos venideros. Así como se cuentan historias del Charro sobre su capacidad para disputar y maravillarse en un partido después de haber pasado toda la noche en vela, otros jugadores como José Vicente Grecco u Oreste Omar Corbatta también protagonizarían episodios memorables en la cancha y las cantinas. Estos dos argentinos, puros atorrantes del Atanasio Girardot, harían suyo el espíritu del equipo y la ciudad, quedándose a vivir en ella hasta su muerte como Grecco o recordándola durante toda la vida, como le comentaba el genial Corbatta a Gonzalo Medina (2011) en una entrevista concedida poco antes de fallecer alcohólico y en la miseria en los suburbios de Avellaneda: “Yo en este momento me recuerdo... (aparecen lágrimas)... porque Medellín es mi casa, siempre fue mi casa” (p.302).

Hablamos, por lo tanto, de héroes trágicos cuyo estilo de juego y forma de vida se amolda a la perfección al relato hegemónico que reivindican los escritores consagrados al DIM. Futbolistas de leyenda como el Cholo Sotil o el Pibe Valderrama, capaces de jugar en algunos de los mejores equipos del mundo, pero incapaces de conducir al Medallo a una gloria pasajera. Tipos sobrios y serenos, elegantes en la tempestad, como el Caimán Sánchez o el mismo Leonel Álvarez, empeñados en llevar a su equipo al triunfo por encima de todo tipo de adversidades. Nombres cuya resonancia queda fijada en la memoria de los hinchas, nombres en cuya enumeración el aficionado consagra una genealogía mítica ligada a sus fracasos y esperanzas. Ídolos

en los cuales parece pervivir el espíritu de Prometeo, capaces de demorarse en un regate, de robar el balón al contrario con picardía y sacrificar un gol seguro con tal de llevar la felicidad a las gradas en un maravilloso gesto técnico. Ídolos ineficaces, si se quiere, anteriores a las perversiones del fútbol moderno, héroes con una clara conciencia estética en su manera de acariciar la pelota y de entender el fútbol como una forma de comunicación con el público. Muchos de ellos aparecerán en el relato de los escritores que hemos venido mencionando como remotos ídolos de juventud, semidioses de bigote perfilado o incluso como hechiceros peruanos capaces de danzar con el sol. A los poetas y novelistas nada más les resta admirar su gracia pasajera, cantar sus hazañas, inventar otras nuevas, reconstruir el pasado, tratar de suplir con su pluma, como asegura Daniel Samper Pizano (2005) en relación con algunos de estos narradores devotos del Rojo, “lo que los jugadores no siempre consiguen con los guayos” (p.129).

Una última gambeta

La figura del héroe trágico, visto lo visto, también resulta imprescindible para comprender la representación del sentimiento de los hinchas del Glorioso Medallo. El elogio de la derrota y la seducción del abismo habitan en las entrañas de un equipo tan lírico como dramático que en ocasiones parece confundirse con el propio espíritu de la ciudad. El aguante pertenece al seguidor que soporta un ciclo de interminables derrotas, así como a quienes yacen exánimes en las lomas de plástico del Valle. Todos tienden a confundirse tarde o temprano en nuestra imaginación. Algunos de los principales escritores antioqueños de hoy en día no hacen otra cosa que tratar de otorgar un motivo a ese sentimiento en apariencia inexplicable que llegan a sentir por un equipo de fútbol. Son textos que nos hablan de un pasado mítico, de una historia de sacrificios y de una vaga promesa de redención. En la literatura sobre el Deportivo Independiente Medellín sentimos la continuidad de ese rasgo del ser humano, presente ya en el primer lector, que nos lleva a admirar a Aquiles, pero que, al mismo tiempo, nos hace amar a Héctor. El DIM adquiere a nuestros ojos las virtudes del vencido, del conjunto capaz de reunir en un mismo gesto, en un abrazo tal vez absurdo, al gamín y al rapsoda. La derrota en verdad puede resultar deliciosa, embriagadora, dulce como una utopía. Resulta inevitable volver a pensar en Sísifo, en su pertinaz empresa, cargando la piedra hasta lo alto de la montaña, quizá una de esas montañas que se divisan desde las últimas filas del Atanasio Girardot. Así contemplamos al hincha del Medellín, sin necesidad de razones que expliquen la vigencia de su pasión encarnada, entregado a ese sufrimiento en el que halla una forma de sentido. Una y otra vez, como siempre ha sido, lo vemos consagrado a su tarea: “Es el precio

que hay que pagar por las pasiones de esta tierra. No se nos dice nada sobre Sísifo en los infiernos. Los mitos están hechos para que la imaginación los anime” (Camus, 1953, p.130). Por ello nada mejor que regresar al 14 de noviembre de 1984, justo setenta y un años después de la fundación del equipo, para encontrarnos a Eduardo Malásquez regateando con asombrosa calma, serenito y muy resuelto, a los defensores del Unión Magdalena. Los mitos permanecen en el instante, detenidos a la espera de la palabra que sepa revitalizarlos. Malásquez busca un hueco para llevar el balón a las redes, Malásquez sigue ahí, no se mueve, el portero se planta delante de él, gambetea, se detiene, gambetea, Malásquez, Malásquez, Malásquez, ¡métao, Malásquez!

Referencias

- Abad Faciolince, H. (2011). Delicias de la derrota. En G. Medina Pérez (Ed.), *Sueños a la redonda o el fútbol en la literatura y las artes* (pp.87-89). Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Alabarces, P. (2006). Fútbol, violencia y política en la Argentina: ética, estética y retórica del aguante. *Esporte e Sociedade*, 1(2), pp.1-14. Recuperado de <http://www.lazer.eefd.ufrj.br/epsoc/pdf/es201.pdf>
- Alabarces, P., Garriga Zucal, J., y Moreira, M. V. (2008). El aguante y las hinchadas argentinas: una relación violenta. *Horizontes Antropológicos*, 14(30), pp.113-136.
- Camus, A. (1953). *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada.
- Freud, S. (1916/1979). Los que fracasan cuando triunfan. En *Obras completas, XIV*, (pp.323-337). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hornby, N. (2008). *Fiebre en las gradas*. Barcelona: Anagrama.
- Jaramillo Agudelo, D. (2011). Testimonio de un creyente, DIM. En L. A. Díaz y J. Paredes (Ed.), *El fútbol se lee* (pp.16-23). Bogotá: Instituto Distrital de las Artes.
- Medina Pérez, G. (2007). *Historia del deporte en Antioquia*. Medellín: Instituto para el Desarrollo de Antioquia.
- Medina Pérez, G. (2011). *Sueños a la redonda o el fútbol en la literatura y las artes*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Medina Pérez, G. (2014). *Las barras, entre gambetas y zancadillas. Contar y cantar el fútbol*. Medellín: Sílabas Editores.
- Muñoz Ceballos, W. (2013). Prólogo. En G. Zuluaga Ceballos, *Mi Medallo: una pasión cosida al alma* (pp.9-11). Medellín: Sílabas Editores.
- Roca, J. M. (2001, 16 de diciembre). La flor de la utopía. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-715034>.
- Salcedo Ramos, A. (2015). El gol que costó un muerto. En *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho* (pp.49-70). Bogotá: Aguilar.
- Samper Pizano, D. (2005). Balones que inspiran. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 42(70), pp.127-129.
- Spitaleta, R. (2009, 21 de diciembre). El equipo del pueblo. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/columna178661-el-equipo-del-pueblo>

Spitaletta, R. (2013, 14 de noviembre). Ser del DIM da carácter. Recuperado de <https://spitaletta.wordpress.com/tag/dim/>

Talero Palacio, J. C. (2013). *Este año sí: 100 años de pasión roja*. Medellín: OjoXojO Editores.

VV. AA. (2004). *Rey de corazones. El Medellín, una pasión crónica*. Medellín: Pregón Ediciones.

Zuluaga Ceballos, G. (2013). *Mi Medallo: una pasión cosida al alma*. Medellín: Sílabas Editores.